

# Banda aparte. Formas de ver

## (Ediciones de la Mirada)

Título:  
INTERNET, EL MUNDO QUE LLEGA

Autor/es:  
Javier M. Tarin

Citar como:  
Javier M. Tarin (1999). INTERNET, EL MUNDO QUE LLEGA. Banda Aparte. (16).

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/42390>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# Banda aparte. Formas de ver

## (Ediciones de la Mirada)

Título:  
INTERNET, EL MUNDO QUE LLEGA

Autor/es:  
Javier M. Tarin

Citar como:  
Javier M. Tarin (1999). INTERNET, EL MUNDO QUE LLEGA. Banda Aparte. (16).

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/42390>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:





A finales de los sesenta, el Pentágono se encargó de crear una red capaz de resistir una guerra nuclear y de hacer posible la comunicación tras esa hipotética, pero posible, hecatombe. Pero Internet, como tal, aparece cuando Vint Cerf recibe en 1974 el encargo del Departamento Estadounidense de Defensa de crear una norma común que permitiera conectar las redes de ordenadores de varias universidades y laboratorios de investigación de este país. En 1989 se populariza con la aparición de la World Wide Web —desarrollada por el informático británico Timothy Berners-Lee para el Consejo Europeo de Investigación Nuclear— que facilitaba el acceso y uso basándose en el concepto de hipertexto y posibilitaba la rápida propagación de la red.

El presente libro tiene por objeto la aproximación a este fenómeno tecnológico en el campo de la comunicación que marca el final del siglo XX y nos dirige hacia un futuro netamente digital. Para ello, recoge los artículos aparecidos sobre la cuestión entre 1993 y 1996 en *Le Monde Diplomatique* y los agrupa en cinco bloques temáticos: el nuevo escenario de la comunicación, sus posibilidades, sus amenazas, su futuro y un foro Norte-Sur llevado a cabo en la red por los lectores. Su mayor virtud es, por tanto, la convocatoria de distintos autores que proporcionan una visión variada y multidisciplinar, y ofrecen al lector las diversas caras, positivas y negativas, que constituyen este fenómeno tecnológico cuyo impacto social es enorme.

Internet, descentralizada e indestructible, ha servido para la construcción de una nueva utopía. Es cierto que la red ha suscitado promesas de felicidad universal, pero también implica nuevas amenazas de desigualdad. Hay suficientes ejemplos a lo largo del libro que fundamentan la idea de que la red puede ser usada como vía de expresión e información por parte de la sociedad civil. Las organizaciones

no gubernamentales y ecologistas han encontrado en ella el lugar en el que pueden coordinar sus actuaciones y mantenerse informados sobre el cumplimiento de los acuerdos internacionales sobre el medio ambiente. Tales iniciativas promueven asimismo el acceso del Sur en condiciones más justas porque la globalización propiciada por las nuevas tecnologías continúa dejando al margen a la mayoría de países más pobres. Un botón de muestra: la isla de Manhattan tiene más líneas telefónicas que toda África negra. Y no es que tal hecho sea responsabilidad del nuevo soporte, puesto que tal situación ya existía, pero esta asimetría en el acceso cuestiona de entrada el *marketing* publicitario que utilizan ciertos mercaderes para hablar de las excelencias y calidad de vida que el ciberespacio supone para el conjunto de la población mundial.

Lo cual nos lleva a otra cuestión importante: la contribución de Internet a la democracia. Se ha venido defendiendo que la red conseguiría una mayor democratización, gracias a la ausencia de jerarquía y a la descentralización. Se ha hablado, incluso, de democracia electrónica, es decir, de la posibilidad de votar desde el ordenador personal apretando una tecla. De este modo, la participación directa y en tiempo real permitiría a los ciudadanos su intervención efectiva en el proceso de toma de decisiones políticas. Sin embargo, dicha sustitución de la democracia representativa, reflexiva y distante, por una ciberdemocracia pasional en tiempo real implica peligros evidentes. Tras un brutal asesinato amplificado por unos medios de comunicación que buscan el espectáculo, el referéndum sobre la restauración de la pena de muerte tendría un resultado bastante previsible. La eventualidad de que la emoción se convierta en criterio que determine la toma de decisiones políticas no parece demasiado prometedor para el sistema democrático. La distancia necesaria para la reflexión no debe desaparecer en aras de la rapidez, que no implica forzosamente mayor lucidez. Más aún si el entorno mediático, en manos privadas y cada vez más inclinado por el negocio necrófilo, influye en la dirección de las decisiones con un discurso basado fundamentalmente en la explotación de la emoción.

Y después de los aires libertarios que prometía el avance social a través de los intercambios de información libres y gratuitos, la lógica del mercado ha irrumpido en la red. La posibilidad del desarrollo de una inteligencia colectiva a través del intercambio de saberes se va desvaneciendo. Las grandes compañías de la comunicación están librando la batalla por el control de los contenidos que circulan en Internet, al que consideran un mercado ideal para sus productos. Y a su pesar, todavía queda algún ejemplo emblemático del espíritu ácrata: Linus Torvalds, un programador finlandés, creó en 1991 el sistema operativo Linux y lo difundió en Internet de manera gratuita. Desde entonces,

el sistema ha ido mejorándose con la colaboración de todos aquellos internautas que han querido hacer aportaciones. La posibilidad de *software* gratuito en Internet es muy incómoda para aquellas empresas que se dedican a venderlo, pero al mismo tiempo hace recobrar la esperanza en la opción por el trabajo colectivo en la red. Mientras tanto, el poder político, presionado por los *lobbys* empresariales, ha optado por la liberalización de las telecomunicaciones porque deben ser las empresas las que lleven a cabo el desarrollo de las infopistas. Y esta concepción hace pensar que el desarrollo de las mismas se llevará a cabo donde genere beneficios, y no como vocación de servicio a los ciudadanos del mundo.

Por tanto, ¿qué ocurre con los países del Sur? De momento, la distancia tecnológica que los separa del Norte es considerable, y no parece que la prioridad de las grandes empresas de la comunicación sea la integración de estos países en la red, a menos que suponga un negocio claramente rentable. Es paradójico que, mientras en el Norte, Internet creció y se desarrolló al amparo del Estado, en el Sur sea el capital privado el encargado de crear las infraestructuras necesarias, que en primer lugar irán destinadas a los que pueden pagar su uso. También se corre el riesgo de que dichas empresas fuercen a los gobiernos a comprar los equipos más caros y modernos. Se crearía de esta forma una relación de dependencia total con respecto a los países dueños de las tecnologías, al no contar con investigadores e ingenieros capaces de hacerse cargo de la red. El crecimiento de Internet sería, en consecuencia, inverso al que se ha producido en el Norte y, en lugar de relanzar la ciencia y la técnica propias, se fomentaría la dependencia de la tecnología de fuera. Pese a estos riesgos, es evidente que los países en vías de desarrollo no deben quedar al margen de la red y diferentes iniciativas intentan que su presencia vaya en aumento. De hecho, los limitados recursos informáticos se optimizan en el Sur, en el que se hace uso colectivo de los pocos equipos existentes, algo muy diferente de la creciente individualización de los ordenadores del Norte.

El ciberespacio ha alimentado la ilusión de la comunicación universal como remedio a todo tipo de problemas globales. Y aunque la llegada de cualquier tecnología ha provocado una reacción contraria que la define como encarnación del mal, no es menos cierto que este nuevo soporte de la comunicación entre culturas está claramente dominado por la americana. Se aleja la posibilidad de un intercambio mundial de información en igualdad de condiciones que posibilite cambios en las estructuras de poder. La única esperanza es que la sociedad civil tome la red y no la deje en manos de los nuevos mercaderes de la utopía tecnológica.

JAVIER M. TARÍN